

"YA NO TENGO QUE RESPONDERLE A NADIE. YA SOY YO"

POR MARÍA PAULINA ORTIZ

FOTOS JET BELLEZA
(POSTPRODUCCIÓN DIGITAL MIGUEL CUERVO)

Fue detective del DAS y miembro del Bloque de Búsqueda en el operativo donde dieron de baja a Pablo Escobar. Se casó dos veces y tiene dos hijos. Su nombre, Andrea, es un homenaje a la primera persona con la que compartió su verdadera identidad. Vive en Orlando y trabaja con National LGBTQ Task Force, la institución más antigua de Estados Unidos en defensa de los derechos de esta comunidad. Esta es la historia de Andrea Montañez.

Andrea Montañez sonríe. Las paredes que la rodean en el estudio de su casa, en Orlando, Florida, están llenas de banderas color rosa, de abanicos con frases en el centro. *Mi existir es resistir,* dice uno de ellos. *Proud and Free,* dice otro. Orgullosa y libre. Así se siente hoy. Y sonríe. Tiene tatuajes de mariposas en sus brazos y en sus piernas, que para ella son el símbolo de la transformación. Muchos años atrás, cuando su nombre era Ricardo Montañez y su trabajo consistía en perseguir delincuentes, la sonrisa que hoy no la abandona había dejado de aparecer.

Nació en Manizales, en octubre de 1965, pero pasó muy poco tiempo en esa ciudad. Su padre –oficial de la Policía que alcanzó el rango de coronel– vivía de traslado en traslado por todo el país. Su madre, amorosa y estricta a la vez, trabajaba como directora de colegio. Creció en Bogotá, en una casa del barrio Las Villas, donde compartía con sus hermanos mayores, dos hombres y una mujer. Desde la infancia comenzó a tener miles de preguntas. ¿Qué era todo eso que lo llevaba a sentirse diferente? No se lo contó a nadie.

Así, con ese mundo escondido, su vida siguió. Se graduó del José Joaquín Casas, que en esos años era un colegio masculino. Comenzó la carrera de Derecho en el Externado, pero solo estudió tres años. Montañez se enteró de que había un camino más emocionante, que le permitiría hacer un trabajo que consideraba clave para el país: se convirtió en detective del DAS. Eran los últimos años 80, comienzos de los 90, una de las peores épocas de orden público, con el narcoterrorismo de los carteles en su apogeo.

Montañez formó parte del Bloque de Búsqueda que, en diciembre de 1993, logró dar de baja a Pablo Escobar en Medellín. También pasó un periodo en Cali, persiguiendo a los Rodríguez Orejuela. Sin embargo, mientras recibía condecoraciones por su labor como agente de inteligencia, en su interior continuaba buscando respuestas. Sin contarle a nadie cercano.

Se casó dos veces, tiene dos hijos –una mujer de 33 y un hombre de 26– y muchos amigos que han seguido a su lado. "Es una persona brillante, muy inteligente, con gran capacidad de análisis", dice el actor Horacio Tavera, amigo suyo desde los años 80. Lina Daza fue su primera esposa y compartió los tiempos más duros de su trabajo. "Nuestra casa parecía un arsenal. Vivía con todas las pistolas, pero siempre con la responsabilidad por delante –dice Lina–. Su deseo de lograr un país en paz era superior a todo".

Montañez luchaba en su intimidad por una verdad que ya no podía mantener en silencio. En Estados Unidos, a donde se fue a vivir desde los años 2000, en medio de un entorno nuevo y distinto, sintió que era el momento. Ricardo quedó en el pasado y comenzó a ser Andrea. Inició su transición hace nueve años. Paso a paso fue construyendo el mundo que siempre había sentido como propio. "Mira lo paradójico: hoy ella volvió a ser la persona alegre, tierna y bonita que yo había conocido. En sus años de detective se volvió un ser muy serio, su semblante cambió, dejó de sonreír. Ahora es como si hubiera pasado de la oscuridad a la luz", dice Lina.

Cuando Andrea llamó a Horacio Tavera para contarle de su transición, él se alegró: "Si uno es amigo de una persona, la acepta como es –afirma Tavera–. Así que le dije: si tú eres feliz, entonces yo también. Respeté su cambio con todo el amor del mundo". Actualmente Andrea Montañez –Montanez, en sus papeles de Estados Unidos– es una de las activistas más reconocidas de Orlando, Florida, en la lucha por la comunidad LGBTQ. Cambió la pistola por un micrófono que le da un poder distinto: le permite hablar en beneficio de los derechos de las minorías. Hoy, como ella misma se define, es una persona de sonrisas. Esta es su historia.

¿Cómo recuerda su infancia?

Al ver hacia atrás me doy cuenta de que todo lo mío venía desde entonces. Me acuerdo de que usaba el maquillaje de mi mamá. Me daba mucha curiosidad. Eran los años 70. Ella tenía el pelo largo, lindísimo, pero también usaba peluca. Yo entraba en su cuarto, me maquillaba y me ponía sus pelucas. Por unos segundos, nada más.

¿Ella la vio así en alguna ocasión?

Una vez. No le gustó ni cinco. No es que hiciera una matanza, pero sí se molestó. Supongo que lo vio como cosas de un chiquito. Mi hermana mayor lo sufrió más. Porque, claro, yo tenía los juguetes típicos, de soldaditos, pistolas y todo eso. Ella tenía las Barbies más lindas del mundo. Las guardaba siempre muy ordenadas. Cuando yo estaba sola, me ponía a jugar con sus muñecas y se las dejaba en desorden. Mi mamá la regañaba por eso y mi hermana solo decía: "Yo no fui". Hace poco le conté y me dijo: "Siempre te querré, pero te odio porque pensé que había un fantasma en la casa". Nadie se imaginaba que era yo.

Tenía un mundo escondido...

Todo eso era a escondidas y sin entender nada. Porque no era lo mismo que ahora. Una pequeñita de los años 60 y 70 no tenía la menor idea de qué es una persona transgénero. En el colegio donde cursé la primaria –el San Luis, de la Policía– era mixto. Allá me consideraban depravada porque no les quitaba la mirada a las faldas de las niñas. Creían que les estaba viendo las piernas, pero lo que yo hacía era soñar con tener esa ropa. Estaba muy confundida. Lo más fácil era decir: soy gay. Pero no. Los niños no me gustaban, nunca me han gustado. Entonces pensaba: ¿qué me pasa?

¿No lo habló con nadie?

¡No! Me daba terror que lo fueran a saber. Imagínate los *bullies* en el colegio. No, no. Tuve varias amigas –incluso novias, porque era supercoqueto–, pero solo porque me gustaba pasar tiempo con ellas. Había mucha fantasía en mi cabeza. Era difícil, sobre todo cuando fui creciendo.

¿En qué colegio estudió el bachillerato?

Estuve en diferentes colegios porque vivimos en varias ciudades. En Medellín, Montería, Cartagena, por el trabajo de mi papá. Me gradué del José Joaquín Casas, en Bogotá, que era masculino, pero tenía al lado el María Mazzarello, de mujeres. Siempre buscaba estar en contacto con ellas. Yo era el correo. Me la pasaba llevando cartas de un lado para el otro. Me volví la fotógrafa del anuario de ambos colegios. Ahora lo entiendo, pero en ese momento a qué amiga le iba a contar, y a mis amigos menos, me hubieran masacrado. Me molestaba cuando ellos hablaban feo de las mujeres. Era su defensor, aunque al final –supongo que para protegerme– también les celebraba sus chistes.

¿De adolescente siguió maquillándose?

Sí, eso siguió. Una vez en el colegio planeamos una presentación. Les propuse hacer un reinado, pero al revés: los hombres vestidos de mujer, y las mujeres –las del Mazzarello– de hombre. Mis compañeros estaban fascinados y se disfrazaron lo más obsceno posible. Yo me vestí como una reina, superfemenina. En la casa también seguía poniéndome ropa de mi hermana. Lo mismo hacía con mis novias. Tomaba prendas de ellas cuando no estaban cerca. Me impresionaba cómo me hacía sentir eso. Seguía preguntándome por qué.

"Creo que el primero que le pegó el tiro en la pierna a Escobar fue un policía con un Galil. Lo vio, le dio y él cayó al piso. Luego le pegaron otro en el pecho. Y el tercero, en la cabeza, no sé si se lo dieron estando en el techo, o porque todavía estaba corriendo, o se lo dieron porque se lo dieron. Ojalá".

¿Buscó respuestas, algo que le diera una pista?

Recuerdo el impacto que me provocó ver a Roberta Close, la modelo brasileña que ya empezaba a ser famosa. Oh, *my God*, esto qué es, pensé. Ella fue una mujer platónica para mí, sin contarle a nadie, claro. No podía decirles a mis amigos que estaba mirando a una persona transexual, o travesti, como se les decía en ese momento. Busqué su historia, guardaba sus revistas debajo del colchón. Soñaba con ser parecida. La emoción que me daba verla me generaba todavía más confusión.

¿No intentó hablar con su mamá, con su papá?

Mi papá era muy estricto. Duro y amoroso a la vez. En ocasiones se le salían frases como 'un hombre no llora ni porque le estén arrancando las tripas'. Yo me convencía de esas cosas y ocultaba mis sentimientos. No lo culpo, era su educación. De venir del campo, de ser un oficial de Policía. Fue comandante de La Guajira en la época en que les dieron duro a los mafiosos. Mi mamá nació en Bogotá, de familia santandereana. Imagínate lo brava. Era superestricta, ahora es un amor. Trabajaba como directora del colegio donde estudié la primaria. Nunca sabré qué habría pasado si les hubiera contado lo mío antes. Lo supieron ya de viejitos.

¿Cómo llegó a ser detective del DAS?

Primero pensé en ser policía. Me presenté a unos exámenes, pero no pasé. Intenté con el Ejército y tampoco. Siempre he creído que mi papá hizo algo para que no aprobara. No quería que siguiera sus pasos, por los riesgos que podía afrontar. Por recomendación de él, entré a estudiar Derecho en el Externado. En la facultad tuve como profesor al general Miguel Maza Márquez. Creo que nos daba la cátedra de Criminología. Él había sido compañero de mi papá, en la Policía, y en ese momento ya estaba en el DAS. Me dio curiosidad. Le pregunté qué se hacía ahí, cómo era el trabajo. Ante toda la porquería que estaba pasando en el país, pensé que tenía que hacer algo. Me pareció mejor ser un detective. Más emocionante, trabajar encubierta. Le pregunté a Maza cuándo era el siguiente curso y me presenté. Tiré la universidad al tercer año. A mi papá no le gustó nada. Pero igual. Después, cuando recibí un ▸

galardón como mejor detective, estaba muy orgulloso.

¿En qué año entró?

En el 89. Hice la formación en Aquimindia. Entrenamiento en inteligencia, leyes de policía judicial, narcóticos, extranjería, inmigración, todo lo que abarcaba el DAS en esa época. Tuvimos hasta clases de actuación. Luego empezaron a dividir los grupos. Me mandaron directo al de policía judicial, Interpol, que lo tenía en ese momento el DAS. Era el equipo más fuerte, trabajaba con las embajadas. Yo hablaba un poco más de inglés que otros compañeros y eso también influyó.

Según la fecha en que dice que entró al DAS, prácticamente la recibió la bomba que Escobar le puso al edificio...

Ese fue el primer golazo que nos dieron recién terminamos la formación. La oficina de Interpol quedaba en el primer piso y la bomba buscaba sobre todo acabar con los archivos del narcotráfico, que teníamos ahí. Nuestra secretaria después fue conocida como 'Mata Hari', porque fue la que vendió la hora precisa para la bomba. Nosotros teníamos una cortina gigantesca, pesada, que cubría todo el ventanal. Eso fue lo que nos protegió. Pero fue horrible. Es algo que nunca se va de la mente. La gente muerta en la calle. Pasaron muchas cosas después de eso. Ahí empecé a entrenarme y contactarme con la DEA. Varios de sus agentes se volvieron amigos. Saben de mi transición y me respetan.

Decía que dentro del plan de formación tuvo clases de actuación. ¿Cómo eran?

Nos entrenaban para los papeles de encubiertos. En mi caso terminé infiltrándome en el narcotráfico. Las clases nos las daba el actor Horacio Tavera, que se volvió un gran amigo mío. Nos disfrazábamos de diferentes tipos de personas. De indigentes, por ejemplo. Aprendíamos a comportarnos de distintas maneras. Me hubiera encantado vestirme de mujer en alguna clase, porque lo seguía pensando.

¿Y continuaba haciéndolo?

A veces cuando viajaba en comisión y estaba sola en los hoteles. Compraba ropa, me la ponía en el hotel y luego la botaba. Pero era muy poco, algunas medias veladas no más. Y no salía ni a la esquina. Qué tal que mis compañeros me hubieran visto.

¿Qué golpes comenzó a dar en el DAS?

Al principio buscábamos delincuentes internacionales que estuvieran por acá. Cogimos a varios. Recuerdo a 'los terroristas de Bélgica', que formaban parte de un grupo criminal y estaban en la lista de Interpol. Uno se llamaba Jean Pierre Lacroix. Los agarramos en Barranquilla, pero vivían en Bogotá. Habían logrado entrar en la sociedad capitalina sin que nadie sospechara de ellos. Ese caso me llevó a una condecoración en el DAS. También fue clave el de los 'Miami River Cops', el escándalo de los policías corruptos de Miami. Secuestraban a colombianos con droga, les robaban la mercancía y los tiraban al río. Armando García, 'Scarface', era el líder. Se escapó de Miami y estuvo desaparecido mucho tiempo. Nos llegó una información del FBI y de la DEA de que posiblemente estaba en Colombia y tenía una novia en Ecuador. Mandamos a un detective para que la siguiera. Efectivamente, compró tiquetes de Ecuador para Cali. Viajamos hacia allá y la seguimos por varios días. Nosotros ni dormíamos. Había tanta corrupción. Ella entraba y salía de un apartamento y por fin, un día, vimos a García. Cuando lo arresté, me ofreció plata. "Tengo mucho dinero para ti", dijo. Le grité: el policía corrupto es usted, no yo. Después él le contó eso a un agente de la DEA. No podía creer que no me hubiera dejado corromper. Eso salió en periódicos de Estados Unidos, no con mi nombre, porque trabajábamos de encubiertos.

¿Qué arma usaba usted?

Una Pietro Beretta 92F.

¿Le gustaban las armas?

Me gustaban, las respetaba y las sabía usar. Todavía me gustan, pero en un nivel distinto. Esa pistola, en particular, me encantaba. Hoy ya es una antigüedad, pero era el emblema de los grupos especiales. Cuando vine a Estados Unidos, con mi licencia, me compré una de esas. Ya no la cargo, porque no me cabe en la cartera. Lo hice como algo simbólico, lo mismo que la placa. Una compañera me trajo una réplica de las que hicieron cuando el DAS se acabó. Tiene el número que yo usaba.

¿Se sentía bien como detective?

Sí. No sé si toda esa adrenalina era un escape a lo que tenía adentro. Claro que a veces lo olvidada. Pasaba tiempo y no pensaba en eso. Estaba tan entretenida buscando delincuentes que me sentía en una aventura. Era joven, estaba en mis veintes, hacía cosas que no me esperaba. Creía que trabajaba por el bien de la patria.

¿En ese momento ya se había casado?

Me casé en 1991. Con Lina Daza, comunicadora social del Externado. Es la mamá de mi hija mayor, que ya tiene 33 años. Ahora somos superamigas. Me dice: "yo sabía que tenías algo, si me hubieras contado". Pero el matrimonio no duró mucho. Se cruzó con la locura del Bloque de Búsqueda. Al principio yo no estaba en el Bloque sino, como Interpol, apoyaba con inteligencia al DAS de Medellín. Era el momento en que Pablo Escobar planeaba entregarse. Nosotros no queríamos que lo hiciera, lo que buscábamos era darlo de baja. La DEA ya había empezado a trabajar con nuestro equipo. Los nombres de los dos agentes que aparecen en la serie *Narcos* son reales, Steve Murphy, Javier Peña. Ellos iban a los operativos, llegaban cuando todo estaba limpio, bajo control.

¿Cómo fueron los días con el Bloque de Búsqueda en Medellín?











Yo había viajado a Canadá para hacer un entrenamiento. Cuando volví, Escobar se había escapado de La Catedral. Me mandaron a Medellín como parte de un grupo especial dedicado a encontrar a cualquiera del cartel. Mi trabajo era más de inteligencia. Hacer seguimientos, chuzar teléfonos, localizar gente y entregársela a otro grupo, el de los 'fortachines', el de miedo, como les decíamos. Sabrá Dios qué les pasaba luego, porque ese ya no era mi trabajo. Había corrupción por todos lados. Y odio hacia Pablo. Todos queríamos acabar con él. Vi mucha violencia en esa época. Demasiada. Era una guerra sin cuartel.

¿'Los Pepes' estuvieron tan involucrados en esa búsqueda como se ha dicho?

'Los Pepes' estaban ahí, sí. Creo que ese vínculo se dio sobre todo a un nivel alto. Porque había una inteligencia que nos llegaba y que nosotros no sabíamos de dónde procedía. Personas que no encontrábamos y ellos sí las ubicaban. Eso funcionó así, y no creo que ya sea secreto para nadie. No sé si había complicidad en los asesinatos, hasta ese punto no te lo puedo responder. Esa parte no me tocó. No la vi. Me imagino que algo de complicidad hubo. O si la Policía, el DAS o la DEA les entregaban a los otros para que ellos hicieran el trabajo feo. No sé.

En lo personal, ¿cómo vivía esos días en Medellín?

El contacto con mi esposa era muy difícil. Ella no sabía ni siquiera dónde andaba yo. Cuando alguien del Bloque moría y no daban el nombre, la llamaba de un teléfono público y le decía: no soy yo. Y colgaba. Durante ese tiempo tuve un encuentro muy importante. En Medellín me encargaba del contacto con informantes, como encubierto, claro. Algunas eran mujeres, trabajadoras sexuales. Una de ellas era transexual. Cuando me la asignaron, quedé



matada. Imagínate, otra como Roberta Close, aunque no famosa. Me empecé a encarretar. Hablaba con ella más y más. Me decía: "si tienes alguna fantasía, no te preocupes. Igual, eres policía y estoy acostumbrada a que hagan lo que les da la gana". Le contestaba que no, que no era nada de eso. Pero un día me preguntó: "¿Hay algo que quieres aprender de mí?". Quedé en *shock*. ¿Esta bruja de dónde salió?, pensé. Comencé a contarle todo. Fue la primera persona con la que me solté.

Casi sin conocerla...

Y en un momento de riesgo. Si ella se lo decía a alguien, hasta ahí llegaba mi carrera, mi vida. Pero confié. Ella también quedó en *shock*. Una vez me preguntó: "¿Quieres sentirte delante de alguien como tú crees que eres?". Me dejé llevar. Me vistió, me maquilló divino. Si me hubieran encontrado mis compañeros... ay, Dios mío. Le dije: no más. Me limpié y le insistí en que no podía contar nada. Me fui.

¿Usted qué sintió esa vez?

Cuando me vi en el espejo, lloré –aunque por dentro, porque por fuera seguía siendo la persona fuerte–. Me sentí bonita. Me pasó por la mente todas las veces que en el colegio soñaba con el uniforme de las niñas. Seguimos hablando varias veces y un día ella ya no apareció. Empezamos a averiguar. ¿Se "torcería" o qué pasó? Hasta que nos llegó la información de que la habían agarrado los mafiosos por ser informante. La descubrieron, la torturaron, la destrozaron en pedacitos. Eso, bárbaramente, me cerró el capítulo por años –aunque seguí experimentando, muy a solas–. Después, cuando decidí ser yo, salir en público y tener un nombre, escogí el de ella: Andrea.

Como un homenaje...

Exacto. Porque ella fue la que me hizo entender. Primero me llamé Andrea Cadena, que era el apellido que utilizaba en mi cédula de encubierta. Usé ese nombre mucho tiempo en redes sociales. Porque ahí tuve mi doble vida. Mi trabajo había sido engañar a otros, para capturarlos, y eso me dio la capacidad para engañar a todo el mundo. Incluso a mí misma. Pero un día no pude más. Ahora soy yo.

Durante ese tiempo en Medellín, ¿sintió alguna vez que su vida estaba en un riesgo inminente?

Una vez. La DEA nos había dado chalecos antibalas, pero no los usábamos porque eso era muy caliente, muy pesado, y no era obligatorio como ahora. Yo lo dejaba en el carro. Pero un día, antes de un operativo, estábamos en una cafetería y entró una señora de estas que leen la mano. Tomó la mía y me dijo: "Hoy te tienes que cuidar mucho". Al salir un compañero me advirtió: "Póngase el chaleco, que a las brujas hay que creerles". Me lo puse. Llegamos al sitio, abrimos la puerta y nos encontramos con un niño de unos 12 años apuntándonos con una pistola. Me congelé. No pude dispararle. Pero él sí fue capaz. Pum, la bala pa'l chaleco. Ahí quedé. Porque eso te tumba. Me quemó la piel, me dolía muchísimo. Mi compañero tuvo que matar al niño. Lo de los sicarios era lo más horrible que había. Porque eran niños realmente muy chiquitos.

¿Siguió en Medellín hasta dar con Escobar?

Todo ese último año estuve allá. Después de la triangulación que permitió dar con su ubicación, la Policía entró a la casa. Nosotros llegamos a la de al lado. Esa era la información que teníamos. A ellos o a nosotros les iba a tocar dar con Pablo. Me hubiera encantado que me correspondiera a mí. Cuando él cayó, pasamos a la casa y yo entré con el fiscal al levantamiento del cadáver. Ahí lo vi. Muerto. Cayó con los tiros de los policías que entraron por el techo. Esos disparos no fueron de la DEA, ni de un agente Delta norteamericano, como han dicho. Esas fueron balas criollas. Tampoco fue un francotirador. Creo que el primero que le pegó el tiro en la pierna fue un policía con un Galil. Lo vio, le dio y él cayó al piso. Luego le pegaron otro en el pecho. Y el tercero, en la cabeza, no sé si se lo dieron estando en el techo, o porque todavía estaba corriendo, o se lo dieron porque se lo dieron. Ojalá.

"En Medellín me encargaba del contacto con informantes, como encubierto, claro. Algunas eran mujeres, trabajadoras sexuales. Una de ellas era transexual. Hablaba con ella más y más. Comencé a contarle todo. Fue la primera persona con la que me solté".

¿Le hubiera gustado matarlo?

Te contesto con toda sinceridad: sí. Nunca le he deseado nada tan malo a alguien como a él. Porque haber tenido que ver tantos niños muertos, haber tenido que recoger tantos policías y compañeros destrozados. Lo que le pasó a Andrea... En fin, se lo merecía.

¿Qué hizo después de verlo muerto?

Lo primero, curiosamente, fue que a las tres y media de la tarde empezó el aguacero más fuerte del mundo. Antes el día estaba soleado. Llamé a mi enlace de la DEA, que no estaba en Medellín, para contarle lo que había pasado. Hablé con mis padres, les dije que estaba bien. Luego me compré una botella de aguardiente, me fui al hotel sola, y me la tomé. Al día siguiente me devolví a Bogotá. Pero lo que se venía era Cali, que fue peor.

¿En la búsqueda de los Rodríguez Orejuela?

Sí. Cuando terminó lo de Pablo me mandaron a Canadá a entrenarme y a descansar dos semanas. Al volver ya había nuevo director del DAS. Me llamaron y me dijeron que necesitaban que me fuera para el Bloque de Búsqueda de Cali. *What*? Cali tenía más corrupción, y a un nivel más alto. No pude con eso. No había forma de hacer el trabajo.

¿Cómo se notaba esa corrupción?

Los taxis de allá, por ejemplo, eran el mejor negocio de inteligencia del cartel. Cuando uno llegaba en un avión, los taxistas ya le habían avisado a todo el mundo quién era el extraño. Nos tocaba ir primero a Pereira o Armenia y entrar en carro desde allá, en taxis pintados como los de Cali. O irnos en moto desde Bogotá. Pero incluso así era complicado que no se dieran cuenta.

¿Por qué dice que no había forma de hacer el trabajo?

Una vez, un 24 de diciembre, nos llegó una alarma: Gilberto Rodríguez estaba en tal edificio. Salimos para allá emocionados, llegamos, tumbamos la puerta y lo que nos encontramos fue un pastel con un letrero que decía: *'Feliz Navidad, Bloque de Búsqueda'*. Se burlaban. Todo el mundo estaba metido. En otra ocasión llegamos a un hotel donde estaban en la primera comunión de uno de los hijos de Gilberto. Fuimos armados. Si haces un allanamiento vas con armas, ¿no? Eran narcotraficantes, con órdenes de captura. Cuando estábamos en el proceso, llamaron al fiscal y le dijeron que nos retirara, que no teníamos por qué interrumpir una comunión. Desde muy arriba mandaron sacarnos. Salimos regañados. Ese ya fue mi golpe para decir no más. Tiré mi placa y me retiré. Al final, cuando la DEA apretó con los famosos narcocasetes, pudieron cogerlos. Me encantó. Pero ya no estaba ahí.

¿Cuándo salió del DAS?

En el 95. Me fui a trabajar con una organización de seguridad privada que realizaba consultorías para la British Petroleum. Hacía inteligencia en casos de secuestrados. O sea, me gané otro enemigo: la guerrilla. Con ellos no me había metido. Viajaba mucho por el país. Se me facilitaba porque tenía contactos con el Ejército, la Policía, el DAS, pero también tenía enemigos que ya podían identificarme por lo que había hecho antes.

¿Y le tocó hacer negociaciones con algún secuestro en particular?

Sí, hicimos. Un jefe de seguridad, que era un capitán retirado del Ejército, y estaba secuestrado. Era el escolta de uno de los camiones de materiales. Y había un ingeniero de ellos, también. Pero lo único que hacía era el contacto. Viajaba y cuando se lograba llegar a la guerrilla, el Ejército les caía y que Dios los siguiera acompañando. De ahí para allá no tenía autoridad. Solo hacía las negociaciones. Pero la situación no era fácil. Y ya tenía planes de irme a Estados Unidos.

En esa etapa estaba con su segunda esposa...

Sí, me casé por lo católico la segunda vez. Con ella tengo un hijo, que nació en el 98. Para mí el matrimonio era como un escape. Sentía que no podía estar con esa locura en mi cabeza, que no iba para ningún lado. Así que dije: hagamos familia. Lo mismo que antes había pensado: tengamos una carrera de macho –en ese tiempo había detectives mujeres, pero muy pocas–. De todas formas, mi curiosidad empezaba a salir de nuevo.

¿Qué hacía?

Iba a sitios donde te cambiaban y te ponían a sentirte mujer por un rato. No era la mejor experiencia –porque también ofrecían otras cosas que no me interesaban–, pero lo hice varias veces. Quedaban en Chapinero. Eran casas de trabajadoras sexuales con una parte para esos fetiches. Un cuarto lleno de ropa. Podías quedarte una hora poniéndote lo que quisieras, pagabas y luego te ibas. En ese tiempo también viajaba mucho a Estados Unidos, por mi trabajo. Allá encontré sitios que se anunciaban en los clasificados. También había tiendas de sexo que tenían películas y revistas. Las películas de porno de comunidad trans no me llamaban la atención. Me disgustaban. Esa no era la parte que yo soñaba de mujer. Lo que quería era sentirme femenina. Pero una vez fui a un sitio en Fort Lauderdale... Esto no se lo había contado a nadie. Bueno, qué importa, ya no tengo que responderle a nadie. Ya crie a mis hijos. Ya soy yo.

¿Qué pasó en Fort Lauderdale?

En uno de esos sitios, ya cuando me habían cambiado de ropa, comenzaron a ofrecerme cosas que no me gustaban. Masoquismo, golpes. Les dije: no, no, yo no vengo a eso. Entonces me miraron y me dijeron: "Ah, lo que tú quieres son clubs de *crossdresser*". Me explicaron que eran lugares donde la gente iba vestida de mujer. Pensé: estoy en Fort Lauderdale, aquí nadie me conoce, pues lo hago. Tampoco era lo que buscaba, porque había hombres que querían sexo, y eso no lo aceptaba. No encontraba todavía el camino, pero ya me atrevía más. Aunque siempre lejos de mi casa.

¿Su matrimonio continuaba?

Sí. A la pobre segunda esposa la entiendo. Hoy no tenemos amistad. La engañé por todos lados. Una vez, después de un viaje, me encontró unos calzones en la maleta. Casi me mata. "¿De quién son?", me preguntó. ¡Eran los míos!

¿Cuándo decidió irse a vivir a Estados Unidos?

En el 2000, viajé con ella y con mi hijo. Entré con visa de turista, pero me aprobaron el asilo muy rápido. La ciudadanía tardó más en llegar. Al principio trabajé en muchas cosas: repartí directorios en las casas, manejé taxi, vendí tiempo compartido. Luego estudié Criminología y saqué la licencia de detective privada. Quise olvidarme de las armas. De ese mundo horripilante. Como detective seguía gente, tomaba videos, pero en temas relacionados con fraude de seguros. Trabajaba sola, así que tenía tiempo para mi imaginación. Seguía soñando con la fantasía de ser mujer. En Estados Unidos supe de la comunidad trans, entendí que no era la única. Pero me seguía escondiendo.

¿Se sentía mal por el engaño?

Luego de las experiencias de *crossdresser* tenía un poco de culpa. Pero me duraba un par de horas. Después me olvidaba. En realidad no me sentía mal porque era yo. Eran momentos de libertad. Hice daño, sí. Engañé a la mitad de la humanidad. Pero la gente se fue dando cuenta porque empecé a hacer cambios, a tomar más riesgos.

¿Cuáles fueron esos primeros cambios?

Me afeité las piernas porque ya no me gustaban los pelos. Les cogí fastidio. Me gustaba la suavidad de la piel, me hacía sentir bien. En las piernas era fácil porque con un pantalón nadie se daba cuenta. Pero, claro, la que duerme contigo sí lo nota. Después seguí con el pecho, con la espalda. Cuando uno no quiere, le sale todo. Barba no tenía, a ▸

veces tuve que dejármela por trabajo. Pero la odiaba. Ahora entiendo por qué.

¿Qué le dijo su esposa cuando se afeitó?

El matrimonio se dañó mucho. Terminamos peleando por tantas cosas. Sexualmente yo no era la misma persona. Todo empezó a afectarse. Andrea luchaba por su libertad y era difícil detenerla. Mi ex era una persona alegre, amiguera, yo me empecé a volver lo contrario. No estaba feliz. Seguimos un tiempo más, por el niño, por ser padres. En un momento ya no pudo. Me dejó, con toda la razón.

¿Usted seguía como detective privado?

Comencé a trabajar con el gobierno, cuando ya tuve la ciudadanía. Apliqué para entrar a TSA, que maneja la seguridad de los aeropuertos. Es una agencia que forma parte del Departamento de Seguridad Nacional, la crearon después del ataque a las Torres Gemelas. Vi que era un trabajo de antiterrorismo, así que dije: esto es lo mío. Me seleccionaron. Volví a tener una placa y, por primera vez, usé uniforme. En esa etapa todavía seguía haciendo *cross-dresser.* A veces tomaba el riesgo de montarme en el carro, ir a echar gasolina y devolverme corriendo.



¿Ese trayecto vestida de mujer?

Sí, porque sabía que no había nadie que me viera. O manejaba hasta los *nightclubs,* aunque la mayoría de las veces me quedaba parqueada. No era capaz de bajarme del carro. Me daba miedo. Invertía plata en pelucas. Ahora es mi pelo natural, pero en ese momento no tenía hormonas ni nada. Me maquillaba casi a las malas, porque no sabía cómo hacerlo. No era fácil. Además, cuando nosotras empezamos tenemos la idea de que mientras más chiquito el vestido, eres más mujer. Mientras más altos los tacones, también. Todas pasamos por esa etapa, muchas se quedan ahí.

¿Y todavía no tenía contacto con otras personas que buscaban lo mismo?

Conocí algunos grupos de adultas. Una era policía de la ciudad de Orlando, otra era gerente de un banco, había bailarinas, actrices, trabajadoras sexuales. Oh, *my God.* Tanto tiempo creyendo que solo era yo. Unas vivían con hombres, otras con mujeres. Ahí también entendí que ser trans no significaba que te gustaran los hombres. En esos grupos te decían que fueras cambiada. Walmart se convirtió en el mejor sitio para mí porque ahí iba, parqueaba el carro –tenía vidrios polarizados–, me vestía, me maquillaba, me pegaba unas uñas que había comprado y me iba a las reuniones. De regreso buscaba el Walmart para cambiarme otra vez. En ese tiempo empecé a hablar con una psicóloga. Eso duró bastante antes de que entrara a una clínica.

¿Cómo fue ese proceso?

Mientras trabajaba en el aeropuerto vi que había leyes que hablaban del cambio de género. Me enteré de cómo podía hacerlo, que era legal. Estaba empezando el primer gobierno de Trump, pero en ese periodo la cosa no era tan fuerte contra la comunidad. Sí había burlas, incluso entre los oficiales con los que trabajaba. Se reían tanto de los trans como de los inmigrantes. Eso me dolía. Es más, creo que al final en mi trabajo en el aeropuerto tuve más burlas por mi acento que por ser trans. Y eso que fui subiendo posiciones. Estuve diez años con TSA. Comencé de oficial y llegué a ser supervisora, ya transicionada.

¿Es decir que la transición la inició mientras trabajaba allá?

Ahí empezó. En ese tiempo tuve una experiencia que me llevó a tomar la decisión. Me enteré de que en Oklahoma estaban organizando una reunión que se anunciaba como un fin de semana de transgéneros. "Para que seas tú", decían. Como allá no me conocía nadie, compré ropa, tiquetes y me fui de aventura. Me dio miedo poner la maleta en la banda del aeropuerto, con todo lo que llevaba. En Oklahoma me recibió un hombre trans. Me dijo que, si yo quería, podía parar en una cafetería para que me cambiara. "Así todo el fin de semana eres tú". Lo hice. Fueron unos días superchéveres. Pude caminar en un centro comercial, fui a todos lados. No era la más linda del mundo, pero me sentí feliz. Cuando volví, le conté a la psicóloga y ella me presentó a los médicos. Inicié mi tratamiento hormonal. Ya llevo nueve años. Tu cuerpo empieza a cambiar, pero no de un día para otro. Es demorado.

¿Cómo vivió ese momento en el trabajo?

Al comienzo me pasó algo. En la clínica a la que estaba yendo me hicieron un documento con mi foto, peluca, y pusieron mi nombre: Andrea Montanez. Estaba dichosa de verme por primera vez siendo yo misma. Le tomé una foto para enviársela a la psicóloga. Me equivoqué y se la mandé a un oficial que estaba a mi cargo en TSA. Le escribí y le pedí que por favor la borrara y que si tenía alguna pregunta me llamara primero. Él me contestó: "¿Qué foto?". Esa noche no dormí. Al otro día fui a trabajar. Veía a la gente riéndose y pensaba: se están burlando de mí. El oficial se acercó y me dijo bajito: "Jefa –así, en español–, mire mi teléfono, no hay ninguna foto. Y no se preocupe, usted siempre será mi héroe". Eso me enseñó que la gente te respeta por lo que tú eres.

¿Y en su casa? Porque ya no estaba con su esposa, ni con su hijo...

Mi hijo se quedó conmigo. Él había comenzado a hacerme preguntas desde antes. Por qué me afeitaba las piernas, por ejemplo. Le dije que estaba haciendo ejercicios con bicicleta y me molestaban por el sudor. Las estupideces más grandes del mundo. Yo, que soy una experta, empecé a decir las mentiras más tontas. Tiempo después me enfrentó: "Yo sé quién eres tú". Me quedé callada. Estaba preocupado por mi seguridad, por tanto odio que existe. Pero se sentía orgulloso de mí. Le gustaba que vivía sonriendo, porque antes yo no lo hacía. Pero seguía sin hablarlo. Ya me había cambiado de nombre, me había cambiado de género en los papeles, y no le había contado a nadie de mi familia.

¿Quién fue la primera persona de la familia que supo?

Mi hermana y mi hija. Les escribí y me llamaron. Lo aceptaron. Mi hija se puso contenta. Tenemos un contacto muy bueno. Ahora me dice 'Mapi'. Mi hijo también está feliz, aunque todavía le da miedo lo que pueda pasarme, que se burlen de mí. Obviamente la figura paternal les hace falta. Y yo no tengo intención de ser un reemplazo de sus mamás.

¿Cómo reaccionaron sus padres?

Ellos dicen que me siguen queriendo. Ya son viejitos. Mi papá tiene 87 años y mi mamá 86. Ella lo regaña por los pronombres. A veces él me dice 'mijo' y ella lo corrige. Vinieron a visitarme hace unos años y fueron a conocer lo que hago ahora como activista. El amor de padres es incondicional. No sé qué les dirán los otros viejitos cuando los vean. No debe ser fácil.

¿Ha sentido algún rechazo inesperado?

Sí, indirectamente he tenido discriminación. Esperaba más de algunos amigos del colegio, no porque me hayan insultado, sino que se desaparecieron, no quieren responder. Está bien. De los compañeros del DAS no todos saben. Ahora van a enterarse mucho más. Cuando cuentas tu verdad ya un poco más viejita lo tienes que hacer todos los días, porque siempre hay una persona que no sabe.

¿Cómo se volvió activista?

Cuando estaba en TSA veía las injusticias contra la comunidad. Me dolía. Empecé a conocer organizaciones que defendían sus derechos. Salía del trabajo en el aeropuerto y me iba a las protestas. Una vez me dieron un micrófono y eso me dio poder. Me volví vocera. Comencé a salir en noticieros y en revistas a nivel nacional. Tuve que dejar mi puesto porque me iban a despedir. No puedes ser activista y trabajar con el Gobierno Federal. Primero estuve en una organización local y ahora soy la organizadora de campo de National LGBTQ Task Force, la institución más antigua en defensa de los derechos de esta comunidad en Estados Unidos. Tiene más de cincuenta años.

¿Ve la situación de derechos más difícil ahora?

El odio está creciendo más que de costumbre. Es una epidemia mundial. Mis documentos están al día, pero no me imagino si llegara a perderlos. Los protejo como un tesoro. Porque, si se me pierden, en la renovación me van a cambiar el género. Aparte vivo en uno de los peores estados en ese sentido, que es la Florida. Hay miedo. Como tengo licencia, volví a portar armas. No como antes, pero tú no sabes quién te va a hacer daño. Y el problema es que cuando te vuelves visible te ganas más enemigos.

¿Cómo se siente hoy con usted misma?

Cada día más feliz. Ser una persona trans es algo especial. Porque es tener que levantarse todos los días a ver quién te odia, cómo te van a atacar. Somos una comunidad mágica. Ahora me siento contenta conmigo. En este momento no estoy con nadie. No sé si consiga a una pareja mujer que respete todo mi mundo. No estoy cerrada, claro. Vivir sola, trans y viejita, es complicado. Y este año ya cumplo los 60.

BOCAS